

Transformaciones sociales y procesos de intervención. “Comunidades”, “agentes externos” y “conflicto armado” en el caso de Bojayá

RESUMEN

El objetivo del artículo es problematizar los vínculos entre comunidades, conflicto armado y agentes externos en el marco de los “procesos de intervención” que adelantan algunas organizaciones sociales. El texto parte de la presentación de la experiencia vivida por una de nosotras en el proceso de acompañamiento a las comunidades del municipio de Bojayá en el año 2002, después de la masacre del 2 de mayo. A partir de la reseña de esta experiencia planteamos una serie de cuestionamientos sobre las lógicas que orientan la intervención social y los efectos que tales procesos generan en las comunidades.

* Polítóloga e Historiadora, estudiante de la Maestría en Antropología de la Universidad de los Andes, investigadora del Cinep y del Instituto Pensar de la Universidad Javeriana. Sus líneas de investigación son: Violencia política y formación del Estado; identidades políticas y nación; sociedad civil y las relaciones entre política y cultura. Ha sido profesora de la Universidad de los Andes y de la Especialización de Estudios Culturales de la Universidad Javeriana. Coautora del libro *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentaria a la construcción del Estado*, publicado por el Cinep en el 2003, y de la Colección Cuadernos de Nación del Ministerio de Cultura.
E-mail: ibolivar14@yahoo.com

** Comunicadora Social con énfasis en Comunicación Educativa, Universidad Javeriana. Educadora del Cinep. Sus principales trabajos han sido con población en situación de desplazamiento o en riesgo en el Chocó y Antioquia con el Cinep, en el sur de Bolívar con el Programa por la Paz y en el Magdalena Medio con el Servicio Jesuita a Refugiados.
E-mail: kalaragga@yahoo.com



Nuestro texto tiene un carácter exploratorio. Intentamos presentar de una manera reflexiva algunas experiencias de intervención que discuten los “hábitos de pensamiento” sobre el vínculo entre comunidades-agentes externos y conflicto armado. Más que una crítica a los agentes externos y en especial a las ONG queremos provocar una discusión sobre el lugar que tales agentes tienen en la producción de sociedades locales en contextos conflictivos. Para ello recurrimos a nuestra propia experiencia como funcionarias de una organización no gubernamental y a la discusión que algunos autores hacen sobre ciertas categorías que resultan centrales en el trabajo, como por ejemplo la comprensión de la política. En efecto, el texto combina la reseña de nuestras prácticas como funcionarias con el planteamiento de los problemas y preguntas que esas mismas acciones nos plantean. Como se verá al final del texto, la discusión sobre los *procesos de intervención* más que problemas administrativos o de planeación plantea severos cuestionamientos sobre el lugar del conocimiento en la regulación de la vida social. Hemos decidido escribir utilizando la primera persona del plural –nosotros– y la primera persona del singular –yo– porque queremos recalcar que se trata de la autorreflexión sobre nuestra propia experiencia. Nuestra reflexión no compromete la postura institucional del Centro en el que trabajamos, más bien hemos releído nuestro trabajo desde distintas categorías. La centralidad que concedemos a los *procesos de intervención* se alimentó también del

trabajo de Susan L. Woodward¹, quien analiza el rol de los agentes externos en el tratamiento de la violencia en los Balcanes. La autora insiste en los conflictos entre los distintos actores, la importancia de los supuestos que orientan su acción y la tendencia a olvidar la pregunta sobre las transformaciones implicadas en procesos de “mediación”.

BOJAYÁ: “BUENA VOLUNTAD” Y PREGUNTAS PARA LA ATENCIÓN HUMANITARIA

El 2 de mayo del 2002 fueron asesinadas 119 personas, entre ellas más de 40 menores de edad, por una pipeta lanzada por las Farc sobre la iglesia de Bellavista, municipio de Bojayá, en medio de un combate con grupos de autodefensa². Este hecho desencadenó una serie de demandas de parte de las comunidades que se desplazaron hacia Quibdó, a instituciones como la Iglesia y organizaciones de Derechos Humanos. Una de las organizaciones que atendió este llamado fue el Cinep, organización que ha tenido una larga relación con los procesos de las comunidades chocoanas, específicamente por el acompañamiento que, durante 7 años, ha hecho a las comunidades de paz del Bajo Atrato. La solicitud fue hecha directamente por la Iglesia y la tarea de acompañamiento debería ser el apoyo psicosocial. En estas condiciones, y a pocos días de la masacre, se conformó en el Cinep un equipo de dos personas para viajar a Quibdó a conocer el estado de las comunidades desplazadas; grupos que estaban llegando de manera permanente a la ciudad y que se estaban acomodando en albergues temporales y en casas de amigos y familiares.

En Quibdó nos encontramos con un conglomerado de personas recién llegadas provenientes de diferentes zonas del país y dispuestas a ayudar, pero sin mayor claridad sobre lo que se podía y debía hacer. Esto lo señalamos no como un problema de tipo personal o administrativo, sino para mostrar que solemos suponer que para la “atención” y el “acompañamiento” se requiere *buena voluntad* y que con ella basta³. Este énfasis en la voluntad se pone de manifiesto cuando se enfrentan las dificultades para establecer los requisitos, las capacidades, destrezas y conocimientos que requiere una persona que pretenda trabajar en el campo de la atención humanitaria.

Dentro de ese grupo de personas “externas” había desde profesionales recién egresados de Psicología de algunas universidades del país hasta religiosas de apartadas comunidades que habían respondido al llamado de la Diócesis de Quibdó. En medio de ese escenario, y a pesar de los importantes esfuerzos de organización y articulación realizados por la pastoral social, la presencia y oferta de

agentes externos desbordaba a todos los actores implicados. En efecto, un amplio número de organizaciones, personas naturales e instituciones del Estado estaban desarrollando “intervención psicosocial” sin que se discutieran colectivamente las implicaciones de tal perspectiva, los procesos que la caracterizan y las herramientas implementadas con las comunidades. En la medida en que las diferentes maneras de entender la “intervención psicosocial” no fueron trabajadas colectivamente, no tanto para llegar a consensos como para explicitar las diferencias, los *procesos de intervención* resultaban confusos para las comunidades. Adicionalmente, esa diversidad obstaculizaba el desarrollo de algunas apuestas institucionales, pues cada organización daba a su intervención el perfil y el tratamiento más cercano a su propia lógica institucional. Esta situación nos lleva a preguntarles a todas las organizaciones que movilizaron su gente hacia la zona: ¿A las necesidades de quién responden los procesos de intervención?, ¿a las ofertas de las agencias de cooperación?, ¿a las demandas de agentes externos interesados en movilizar procesos en zonas marginadas?, ¿a los intereses de las “comunidades”?, ¿a qué sector de ellas?, ¿a los intereses y apuestas de las organizaciones sociales? Ahora bien, un análisis pendiente es el de esclarecer cómo interactúan estos distintos intereses en la definición de la intervención. No creemos que este proceso deba responder a los intereses y planteamientos de una de las partes, sea la que sea, sino, más bien, que lo importante es hacer explícito el interés y la apuesta de los diversos actores en juego.

Las diferentes formas de asumir “lo psicosocial” hicieron posible que los miembros de las “comunidades” recibieran, en un mismo día, charlas sobre violencia intrafamiliar, preparación de suero, control natal, atención terapéutica, talleres sobre miedo y duelo, en fin, de todo⁴. Talleres que, ante la magnitud de los acontecimientos, no habían sido preparados para los contextos culturales de las poblaciones comprometidas. Así, por ejemplo, los primeros talleres sobre violencia intrafamiliar o control natal no lograban dar cuenta de la especificidad de estos grupos poblacionales. Una cuestión central que debería ser objeto de discusión por parte tanto de las organizaciones sociales como de los académicos es el *carácter estandarizado* de la mayor parte del conocimiento con el que los profesionales de las ciencias sociales nos enfrentamos a estos

procesos. No queremos editar discursos a favor de un “conocimiento *folk*”, ni “celebrar la diversidad de saberes”. Queremos recalcar la necesidad de trabajar de manera sistemática en los procesos de mediación del conocimiento,



¹ Susan Woodward, “Violence-prone Area or International Transition. Adding the Role of Outsiders in Balkan Violence”, en *Violence and Subjectivity*, Berkeley, University of California Press, 2000.

² Banco de Datos de Derechos Humanos y Violencia Política, “Bojayá, la otra versión”, en *Noche y niebla*, Caso tipo, No. 1, 2002.

³ Theodor Adorno llama la atención en sus lecciones de sociología sobre el desplazamiento entre sociología y trabajo social y sobre el hecho de que preocuparse por la sociedad parecería ser una cuestión de las “buenas personas”. Véase *Introducción a la sociología*, Madrid, Gedisa, 1996.

⁴ Ver los distintos *Informe de Visitas Mensuales del Proyecto de Intervención Psicosocial* elaborados por Lorena Nieto, Cinep-2002. El Cinep adelantó su intervención con los grupos de jóvenes de Puerto Conto y San Miguel y con las Mujeres de la Comunidad Eclesial de Base de Bellavista. El núcleo del proceso fue la “reconstrucción del proyecto de vida” a partir del trabajo en los temas de desarrollo humano, tratamiento de conflictos y participación. Esta intervención fue financiada por la Embajada de Suiza por un tiempo inicial de 3 meses que luego se extendió a otros 3.



que permitan que la intervención se desarrolle de una manera diferenciada según los grupos. No discutimos la centralidad que el conocimiento "científico" tiene en la comprensión y puesta en marcha de *procesos de intervención* por parte de distintos actores, incluyendo el Estado⁵. Queremos señalar que los "programas paquete" con que las organizaciones y el Estado hacemos frente a los *procesos de intervención* pueden terminar siendo meramente instrumentales. En ese sentido, tales procesos pueden promover un tipo particular de transformación de los sujetos en los que se diseñan estrategias de "mercantilización", "victimización", "dependencia", entre otras. Este señalamiento nos obliga a hacer varias precisiones.

Primero, las comunidades y los pobladores no son sólo "víctimas" de las circunstancias, sino que desarrollan activamente habilidades y estrategias de interacción con los diferentes actores sociales. En ese sentido es primordial comprender que las "comunidades" no son entes pasivos, victimizados y receptores de las acciones de los "agentes externos", sean éstos grupos armados, comunidades religiosas, organizaciones sociales nacionales e internacionales o funcionarios públicos, entre otros.

Segundo, el campo en el que se desarrolla el conflicto no es un terreno dividido en dos bandos, en el que de un lado estarían los "actores armados" y del otro las comunidades respaldadas o protegidas por ciertos agentes externos. Por el contrario, el campo de la contienda implica la participación de las organizaciones sociales, las agencias de cooperación, los representantes del Estado en los diferentes niveles territoriales, sus diferentes agencias y la Iglesia. Cada uno de estos participantes tiene una serie de intereses, debilidades, fortalezas, estrategias y "poderes especiales"⁶ que se van articulando conflictivamente y que hacen del campo de batalla un espacio heterogéneo, dinámico, flexible y ambiguo.

Esta complejidad favorece el hecho de que la realidad sea interpretada de muchas formas, y que, en consecuencia, cada agente pueda asumir con relativa "libertad" el rol que más se acomoda a sus propios intereses y el tiempo y la forma en que lo desempeña. El resultado: comunidades con una sobreoferta de procesos de intervención, en cierto sentido "adoctrinadas" en el pensamiento de un agente externo, y que buscan en el susodicho la respuesta a sus necesidades y preguntas; comunidades que tienden a abandonar sus propios procesos, sus logros y las herramientas que han construido a través del tiempo. Con esto no queremos decir que la intervención de las organizaciones sociales sea negativa. Nuestra intención es dirigir la mirada hacia un abanico de preguntas del siguiente tipo: ¿Cómo se construye la relación conflicto armado-procesos de intervención?, ¿cuál es el resultado de este encuentro para los procesos de las comunidades mismas y la reconstrucción de sus proyectos de vida?, ¿cuál es la responsabilidad que las organizaciones sociales asumen frente a los impactos de los *procesos de intervención*?

Tercero, cuando señalamos atrás que los "programas paquete" podían tender hacia la "mercantilización" o "victimización" y que los pobladores desarrollan sus propias "estrategias" y "destrezas" frente a esos programas no estamos "juzgando". No se trata de "condenar" a quienes han aprendido a obtener mercados, elaborar discursos persuasivos, o a planear talleres para acceder a los refrigerios⁷. Se trata de pensar cuáles son las dinámicas sociales que sustentan tales acciones, sin importar el que sean "políticamente correctas".

Esta reflexión sobre el desarrollo de los *procesos de intervención* puede terminar en la pregunta por el "impacto" de los mismos entre los pobladores. En el caso de Bojayá llama la atención el contraste entre la "sobreoferta" inicial de intervención por parte de distintas organizaciones, y la "ausencia" de las mismas durante el retorno de los pobladores a sus sitios de origen el 1° de septiembre del 2002. Cabe señalar que tal retorno fue agenciado por la Diócesis de Quibdó, que, en 4 meses, logró organizar a la población para el regreso a Bojayá.

A diferencia del sinnúmero de actividades realizadas en Quibdó y de la presencia constante de organizaciones, al regresar a sus comunidades de origen la gente se sintió sola, "abandonada a su suerte", en mitad de los procesos que se habían iniciado en Quibdó y que no tuvieron continuidad⁸. La conclusión a la que llegaron "los pobladores" fue que durante su tiempo de permanencia en la ciudad los habían engañado, haciéndoles creer que no iban a estar solos, que se iban a dar soluciones concretas a su situación y que las organizaciones iban a seguir apoyando a las comunidades durante un largo tiempo⁹. A este sentimiento de abandono se sumó la falta de cumplimiento, por parte del Gobierno, de los comprome-

⁵ En ese sentido recogemos la insistencia de Norbert Elias y otros autores en la necesidad de analizar la conflictiva coexistencia de distintos tipos de conocimiento en los diversos campos de interacción social. El conocimiento "experto" y "científico" que las ciencias sociales han desarrollado sobre la violencia convive con otras formas de conocimiento sobre la misma. El punto es que el primer tipo de conocimiento es el que orienta la acción de los agentes externos. Norbert Elias, *Conocimiento y poder*, Barcelona, Ediciones La Piqueta, 1996.

⁶ Por "poderes especiales" entendemos los rasgos específicos de influencia y poder de cada uno de los actores y que no están sancionados legalmente. "Poderes" que permiten por ejemplo que la Iglesia tenga gran poder de convocatoria regional y nacional, que la cooperación internacional defina con relativa autonomía las características de la intervención, entre otros puntos.

⁷ En una conversación personal, la investigadora María Clemencia Ramírez comentó que en el desarrollo de su trabajo en el sur del país se vio llevando a cabo un taller que la propia "comunidad" planeó y del que ella no tenía aviso. Un taller que ella no había previsto y en el que tuvo que asumir el

costo de los refrigerios. Septiembre, 2003.

⁸ Lorena Nieto, *"Informe del acompañamiento en el retorno a las comunidades"*, Bogotá, Cinep, septiembre, 2002.

⁹ Estas percepciones eran compartidas, especialmente, por la comunidad de Bellavista que era la que recibía el acompañamiento del Cinep y que se expresó en este sentido en diferentes reuniones de la comunidad, incluyendo algunos encuentros con funcionarios del Gobierno. Es el caso de la visita del vicepresidente Francisco Santos y la cúpula militar a Bellavista el 25 de octubre del 2002 (Véase el informe mensual de visita, octubre 21-26, Lorena Nieto, Cinep).

sos asumidos con las comunidades¹⁰. Uno de los compromisos más significativos para la gente, a la hora de retornar, era tener luz eléctrica, pues les daba miedo regresar a sus comunidades a oscuras después de lo que había ocurrido. El asunto tiene un gran valor simbólico. Se trataba de llegar y tener la posibilidad de ver las cosas claramente, despejadas. Pero la llegada no fue así¹¹. El 1° de septiembre del 2002, a las 9:30 p.m., cuando el bote en el que viajábamos con unas 250 personas aproximadamente llegó a Bellavista, todo estaba a oscuras, a excepción de un camino hecho con antorchas para hacer la bienvenida un poco más cálida. Esa noche hubo fiesta, trago, muchas personas no durmieron y otras se rehusaron a ir hasta sus casas a oscuras y sin saber con qué se iban a encontrar, así que la gran mayoría decidió dormir en casa de amigos y vecinos, dormir acompañados para espantar el sentimiento de miedo y la vulnerabilidad que el regreso a Bellavista les generaba¹². Esta situación nos llevó a preguntarnos ¿qué pasó con el conglomerado de gente dispuesta a ayudar?, ¿quién se iba a encargar de acompañar y apoyar a la gente en su proceso de reacomodación, en el ejercicio de la cotidianidad, en la recuperación de su tejido social?

Los momentos más difíciles del *proceso de intervención* empezaron precisamente después del retorno. Era ahí donde la ausencia se hacía evidente: las casas destrozadas, las familias incompletas, las casas vacías de la gente que tuvo demasiado miedo de volver y decidió rehacer su vida en la ciudad¹³. La tragedia empezaba a ser parte del pasado a pesar de estar presente en cada rincón y en todas las conversaciones. El paso del tiempo obligaba a la gente a asumir, de nuevo, su cotidianidad. Los medios, el gobierno y las organizaciones empezaban a atender nuevas tragedias. La gente de Bojayá pasaba de ser una población saturada, con "sobreoferta" de asistencia, a ser una población que se percibía a sí misma como "abandonada" y "empobrecida". Fue en ese momento, 5 meses después de la tragedia, que empezaron a aparecer preguntas relacionadas con el sentido de los *procesos de intervención*, el compromiso de los "agentes externos" que se vuelcan, o nos volcamos, sobre la gente por períodos de tiempo determinados y luego no regresamos.

El recorrido por los distintos puntos señalados genera preguntas sobre la responsabilidad, la intencionalidad de las intervenciones, el seguimiento y la evaluación de los impactos de estos procesos, así como sobre los aprendizajes de las comunidades y de las organizaciones que se ven expuestas a este tipo de situación.



La responsabilidad de las organizaciones sociales en el tema de la intervención con comunidades es poco discutida. En la medida en que cada organización construye su propia apuesta, sus estrategias, lenguajes, metodologías y filiaciones, todo lo que le llegue a las comunidades se tiende a suponer como algo bueno, algo positivo, una ganancia. Sin embargo, habría que preguntar: ¿Se generan "pérdidas" con los *procesos de intervención*?, ¿cuáles y de qué tipo?, ¿quién responde por los "daños" ocasionados a las comunidades en la implementación de dichos procesos?, ¿cómo se "recupera" el sentido de autonomía de las comunidades, cuando lo han tenido?, ¿cómo se maneja la "dependencia" de las comunidades sobre los recursos, alianzas y fortalezas de las organizaciones sociales?, ¿qué aprendizajes "no esperados" por las organizaciones sociales han quedado en el interior de las comunidades durante y al finalizar los *procesos de intervención*?

Nuestro interés es hacer explícitas estas preguntas, pues hemos visto que ellas están latentes en distintos espacios institucionales, pero que no han podido ser formuladas explícitamente por las diferentes organizaciones. Tal situación tiene que ver con el carácter de *emergencia* de muchos de los *procesos de intervención*, con la importancia que las agencias de cooperación tienen frente a los proyectos de las organizaciones sociales, así como con la idea señalada antes de que la *buena voluntad* garantiza "buenos resultados". Algo así como que *cundo uno quiere ayudar nada malo puede pasar*.

Ahora bien, la complejidad de discutir la responsabilidad de las organizaciones frente a las "comunidades" y las "consecuencias no previstas" y a veces "no deseadas" de los *procesos de intervención* tiene que ver también con problemas del tipo de conocimiento propio de las ciencias sociales. Varios autores han llamado la atención sobre las dificultades analíticas planteadas por "el cambio social" y por el papel que en el mismo pueden jugar el conflicto y los proyectos de los distintos actores. Esto, sin olvidar los retos epistemológicos y metodológicos que plantea la comprensión de los fenómenos sociales que resultan de procesos de interacción que no planeamos y que tienen resultados impremeditados y "no deseados"¹⁴.

En la siguiente sección planteamos algunos elementos conceptuales que ayudan a trabajar la experiencia que hemos venido reseñando y especialmente el vínculo entre conocimiento y transformación social. Se trata de "situar" los *procesos de intervención* en el contexto más amplio de las formas de pensar la vida social.

¹⁰ Entre los compromisos adquiridos por el Gobierno en el año 2002 están: la reubicación de la comunidad de Bellavista, el restablecimiento de la comunicación telefónica, la reparación de la planta eléctrica del pueblo, las indemnizaciones para los familiares de las víctimas, la reconstrucción del colegio y de la escuela, entre otros. En el desarrollo de la última visita, correspondiente al proyecto de intervención psicosocial, en el mes de noviembre del 2002, la comunidad seguía sin la reparación del servicio eléctrico, los teléfonos funcionaban de vez en cuando, no había decisiones sobre el tema de la reubicación, no había médico en el centro de salud y no se habían iniciado las reparaciones de la escuela ni del colegio. Por el acompañamiento de otras organizaciones hemos sabido posteriormente que se ha restablecido el servicio telefónico así como la energía eléctrica, hay un médico en el centro de salud y se sostienen las negociaciones entre el Comité dos de mayo y el Gobierno frente al tema de la reubicación. Todo esto después de un año y cuatro meses de ocurrida la tragedia.

¹¹ El viaje por el río Atrato entre Quibdó y Bellavista dura 12 horas aproximadamente.

¹² Lorena Nieto, *Informe del acompañamiento en el retorno a las comunidades*, Bogotá, Cinep, septiembre, 2002.

¹³ La gente comentaba que sólo había regresado el 60 ó 70 % de los pobladores que habían sobrevivido a la tragedia.

¹⁴ Charles Tilly, "Conflicto político y cambio social", en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina, *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Editorial Trotta, 1998.

LOS PROCESOS DE INTERVENCIÓN Y LA MEDIACIÓN DE LO SOCIAL¹⁵

Hay una discusión que por lo "vieja" y, en algún sentido, portadora de un "tufillo marxista o popular", suele aparecer disfrazada o quedarse escondida en los distintos *procesos de intervención* en los que participan diferentes actores sociales. La discusión a la que se hace referencia es aquella que se pregunta si las ONG son sólo promotoras, organizaciones al servicio de otros, por y para ellos, o si también pueden ser actores, tener su propio proyecto, su programa, su plan particular del que los otros participan, pero que les reconoce cierta especificidad y autonomía. Aunque algunas ONG, como el Cinep, han considerado explícitamente esta cuestión en el desarrollo de sus objetivos y apuestas, otras no han enfrentado el problema. Problema que, por "bizantino" que parezca, aparece de manera reiterada cada vez que se encuentran las distintas organizaciones entre ellas, con las "comunidades" y con el Estado. Nuestro objetivo no es desarrollar este problema sino recordar que los *procesos de intervención* están marcados por el conflicto y la ambigüedad de las relaciones entre los diversos actores sociales. De ahí que no sobre recordar la denuncia de algunos comunitarios, pero también de otros sectores, frente a lo que consideran la consolidación de organizaciones neogubernamentales. Es de gran importancia el deslizamiento lingüístico que va del *no* al *neo*. Distintos sectores están señalando que las ONG se han convertido en actores neogubernamentales¹⁶ y que con su intervención tienden a suplantarse a las comunidades en la "vocería" frente al Estado.

Sin negar el "momento de verdad" que pueda existir en tales denuncias, consideramos que lo más importante es evidenciar la manera como las propias ONG tramitan, imaginan, median su relación con los otros. ¿Reconocen que en tanto organizaciones sociales tienen su propio proyecto?, o ¿hacen equivaler el suyo al proyecto de las comunidades beneficiarias? Nuestro interés por plantear abiertamente esta cuestión no parte de que haya una dicotomía insalvable entre una opción y otra. No. Bien se sabe que el proyecto particular, la apuesta de algunas ONG es favorecer, apoyar, capacitar a otras organizaciones sociales para que ellas se puedan hacer presentes en distintos escenarios. Escenarios en los que la ONG también participa, pero como ONG, desde otro lugar y reivindicando un tipo distintivo de interés, que, incluso, puede enfrentarla a la organización que en otro terreno es beneficiaria de sus programas.

Pretendemos, entonces, llamar la atención sobre un asunto implícito con base

en el cual tiende a desarrollarse el trabajo de las organizaciones, pero que, como en los otros casos, pocas veces es problematizado entre ellas y mucho menos con otros actores. Tal asunto supone una continuidad más o menos armónica y no conflictiva de lo social. Supone la existencia de un sistema, de un eje de consensos que debería conectar las distintas organizaciones sociales, pero muy especialmente las organizaciones de la comunidad y las ONG, sin mayores rupturas, sin irrupciones, sin desaveniencias. Estas mismas organizaciones tienden a suponer que su naturaleza y su sentido está dado por la "la búsqueda de la paz". Es precisamente desde este supuesto en el accionar de algunas ONG (pero no exclusivo de ellas), que se desprenden algunas de sus tensiones con otros actores y de sus dificultades para aceptar las contradicciones e incluso los enfrentamientos con otras organizaciones.

Se trata, pues, de pensar ¿Cómo se imagina la ONG a sí misma?, ¿en qué espacios se concede autonomía relativa, especificidad social y política?, ¿en cuáles, por el contrario, esa ONG se representa atada a los intereses de otras organizaciones llamadas a darle sentido, identidad, misión?, ¿qué imagen de la sociedad se esconde detrás de las constantes alusiones de las organizaciones a "los pobres", "los marginados", "los excluidos"? ¿qué representación particular construye cada ONG de esos sectores y, sobre todo, cómo se modela desde allí un tipo particular de intervención y acción social? Aca-so, ¿las ONG cuentan con modelos de intervención para comunidades en conflicto o, más bien sus *formas de hacer* suponen una sociedad pacificada? Esta pregunta se torna importante por cuanto se ha descubierto que algunos de los *procesos* puestos en marcha por las ONG tienden a crear nuevos conflictos en las comunidades por cuanto favorecen la emergencia de nuevos liderazgos y de nuevos intereses entre los distintos grupos de pobladores.

Ahora bien, la referencia a "los pobres" o "los excluidos" que constituyen "la opción preferencial", "la misión" de algunas ONG es incomprensible en todo sentido, si no se relaciona con "el espíritu prometeico", con la idea extendida y más o menos aceptada socialmente de que hay un "sector" capaz de "acompañar" y "transformar" a otros sectores.

En el caso particular de las ONG, la representación de esa capacidad de acompañar se mezcla y se refuerza con el tipo de *saber hacer* que caracteriza a estas organizaciones.

En una investigación anterior encontramos que una de las especificidades (y fortalezas) de las ONG es su *saber hacer* en una materia determinada y las condiciones que lo hacen (a ese *saber hacer*) un bien apetecido por las comunidades. Pues



¹⁵ En esta sección se recogen algunos de los resultados de una investigación colectiva sobre "El papel de las ONG en el fortalecimiento de la sociedad civil en Colombia". Tal proyecto fue desarrollado entre 1995 y 1996 por el Cinep, la Universidad de los Andes y Evaluar, y contó con la financiación de la IAF. Una presentación de sus principales resultados puede leerse en Ingrid Bolívar, Adriana Posada y Renata Segura, "El papel de las ONG en el fortalecimiento de la sociedad civil en Colombia: la construcción de lo público", en *Revista Controversia*, No. 170, Bogotá, Cinep, mayo de 1997.

¹⁶ Véase Eduardo Bustelo, "El abrazo: reflexiones sobre las relaciones entre el Estado y los organismos no gubernamentales", en *Revista Controversia*, No. 173, Bogotá, Cinep, diciembre, 1998, pág. 62.

bien, a través de ese *saber hacer*, las ONG heredan el carácter tecnocrático propio de las ciencias sociales y refuerzan la imagen de “acompañante y transformador”. El filósofo Theodor Adorno, refiriéndose a la sociología, señala que “tal como ha surgido históricamente tiene desde sus comienzos, algo de tecnocrático, algo de social *“engineering”*, es decir, algo así como la creencia de que los expertos científicos, sirviéndose de determinadas técnicas metodológicas, producirán, si se les confía directa o indirectamente el control sobre la sociedad, un Estado equilibrado, estable o, diría, un Estado capaz de funcionar, es decir, un Estado en el cual los sistemas existentes pueden ser conservados a través de ampliaciones y correcciones”¹⁷.

Algo de esto se expresa en las ONG por la vía del *saber hacer* que caracteriza a sus profesionales, y que al tiempo que las pone al servicio de las organizaciones comunitarias, las distancia de ellas, y les permite ser interlocutores de algunas agencias estatales o de oficinas más o menos especializadas.

La referencia al carácter “transformador” y “tecnocrático” como elementos que dan sentido a algunos de los procesos de intervención nos permite recalcar la necesidad de que, en tanto actores sociales, las ONG “descubran” sus mediaciones históricas y sean capaces de actuar “sobre ellas”, revelando y transformando la imagen que tienen de sí mismas y de la sociedad.

Al no dar cuenta de la imagen de sociedad sobre la cual se diseñan los procesos de intervención, la acción de nuestras organizaciones puede heredar y reencauchar, sin mayor reflexión, visiones armónicas del orden, lecturas en las que la sociedad carece de conflictos y/o es capaz de reconciliarse consigo misma, sin tener que pasar por la representación que la política hace de la sociedad¹⁸. En efecto, uno de los rasgos sobresalientes de los distintos procesos de intervención es que tienden a desconocer el papel de las autoridades locales y de los políticos regionales.

El punto central aquí es que cuando en los procesos de intervención no se puede dar cuenta de la imagen de sociedad que los alimenta y que se expresan en sus alusiones a los “pobres”, los “excluidos”, y/o, los “marginados”, se autocondenan a lo que Theodor Adorno denomina una práctica “del mejoramiento de lo existente” en detrimento de una praxis “enfática”. En palabras del ya citado Adorno, “una praxis enfática, [es] una praxis que se refiere a la estructura total de la sociedad y no a manifestaciones sociales individuales”. Tal praxis requiere una teoría de la sociedad como totalidad... “una praxis



concentrada en la sociedad como un todo, una praxis referida a la estructura, [que] solamente puede tener sentido si analiza las relaciones estructurales, las tendencias, las relaciones de poder dentro de la sociedad existente, y no permanece en el marco de cuestiones meramente particulares”¹⁹. Esta cuestión es de gran relevancia por cuanto en los procesos de intervención se anuncia una paradoja. Por un lado, tales procesos se ponen en marcha con grupos particulares y específicos de la sociedad nacional. Por el otro, el cómo y el qué de esos procesos da por supuesta y deseable una “normalidad” que puede llegar a desplazar la “particularidad” de los grupos. Particularidad que, siguiendo a Adorno, debe ser situada en una comprensión global de la sociedad²⁰.

Esto no quiere decir que haya que despreciar o dejar de participar en los procesos de intervención. No. Lo que señalamos es que incluso tales prácticas de “mejoramiento en el marco de las relaciones sociales existentes” se vacían de contenido, se convierten en “inofensivas” al no poder explicitar los referentes, las representaciones de sociedad que las hacen posibles.

En últimas, y con esto recogemos parte de los distintos argumentos trabajados hasta ahora, se trata de convertir los *procesos de intervención* en tema de reflexión y análisis. Se trata de que las ONG, en tanto actores y sujetos sociales, puedan dar cuenta de las mediaciones que las constituyen, que definen su espacio de aparición en la sociedad, que dan sentido a su accionar y que condicionan las relaciones que ellas alientan entre comunidades y agentes externos en el contexto del conflicto armado. Se pretende con ello problematizar el mundo de la intervención social en escenarios conflictivos. En efecto, la cuestión que está pendiente de análisis es la manera como se relacionan las transformaciones promovidas por los procesos de intervención con el desarrollo mismo del conflicto armado. Habría que estudiar los cambios que las distintas intervenciones alientan entre los grupos de pobladores y el tipo de relaciones que ellos construyen frente a la dinámica de la guerra. Tal estudio debe también analizar las transformaciones de aquéllos que intervienen, las nuevas dinámicas en las que se involucra la comunidad y los escenarios en que tiene lugar el conflicto armado. Por esta vía los *procesos de intervención* dejarían de ser *respuestas de emergencia* y se convertirían en “campos” de transformación social en los que el conocimiento sigue jugando un papel fundamental.

Como dice un proverbio igbo: “El mundo es como una máscara danzante. Si quieres verlo, no te puedes quedar quieto”²¹.



¹⁷ Theodor W. Adorno, *Introducción a la sociología*, ed. cit., clase 2, pág. 25.

¹⁸ Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1986, págs. 19-20.

¹⁹ Theodor Adorno, *op. cit.*, clase 4, págs. 44-45.

²⁰ La discusión en este punto debe incorporar el debate contemporáneo sobre los rasgos específicos de la sociedad posmoderna y el papel que en ella juegan el conocimiento y la política. Sin embargo, los procesos de intervención siguen alimentados por una concepción moderna según la cual el “conocimiento científico” puede ser el gran ordenador de los espacios de interacción. Zigmunt Bauman y Keith Tester, *La ambivalencia de la modernidad y otras conversaciones*, Madrid, Paidós, 2002.

²¹ “The world is like a mask dancing. If you want to see it, well, you do not stand still”.